

ejemplo, afirma que "hay un pasaje de las escrituras de San Francisco en que su concepción tiene un carácter casi budista." Dice el Santo que la obediencia hace al hombre sumiso aun a los animales domésticos y salvajes para que puedan tratarlo según el poder que Dios les ha concedido. Y nuestro autor agrega: "Lo cual incontestablemente recuerda aquellos discípulos de Sakya-Muni que se dejaron despedazar por los tigres, primero que resistir al mal."

El consejo franciscano y el hecho budista se parecen por de fuera, como el cuadrumano se asemeja al hombre; pero hay un abismo entre ellos. El cristiano *puede* no resistir a los agentes naturales, viendo en ellos la mano de Dios, que no los desvía de nosotros. El budista *debe* ceder en todo caso, porque los tigres son parte del gran todo, son encarnación de Dios, son Dios mismo.

San Francisco de Asís y su doctrina salvaron al mundo en el siglo xviii; San Francisco y su doctrina pueden salvar al mundo en el siglo xx.

R. M. CARRASQUILLA

Febrero de 1913.

Conferencia escolar

JESÚS EN NAZARET

Estamos en Nazaret, hijos míos, estamos en santa y divina compañía: quedémonos aquí. Quisiera primero trasladaros a aquella casita de la Sagrada Familia. No he estado, es cierto, en Nazaret, ni he tenido la suerte, como otros, de besar aquellos lugares donde ha sentado su planta el Hijo de Dios. Pero, si no he visto la gruta cavada en la montaña y que sirvió de taller a AQUEL que fue el Creador de todas las cosas, he visto, sí, la desmantelada habitación que sirvió de asilo a la augusta Familia del Hijo de Dios, y fue el primer templo honrado con la presencia divina.

Bien sabéis cómo esa habitación, esa casa santa, ha llegado hasta nosotros, traída en manos de los ángeles desde oriente hasta occidente, y colocada en Loreto, a orillas del Adriático, en donde acuden a postrarse de rodillas millares de peregrinos de todos los países. También yo, hijos míos, me he arrodillado dentro de aquellas paredes en que leí las palabras que hicieron estremecerme hasta en mi interior: Aquí el Verbo tomó carne humana, y habitó entre nosotros. Y celebré también, esto es, renové el misterio de la Encarnación, consagrando el Pan del altar en el mismo lugar en que se cumplió el misterio del Verbo hecho hombre.

Lo recuerdo bien: leí allí el capítulo del Evangelio en que San Lucas nos refiere la visita del ángel de la anunciación, y la historia entera de la infancia divina transcurrida en aquel lugar. Repitiendo una por una las palabras del Evangelio, declame a mí mismo: A este lugar fue enviado el ángel Gabriel: *Hic missus est Angelus*. Aquí recibió María el mensaje del cielo, y fue saludada llena de gracia: *Hic ingressus angelus ad eam, dixit: Ave gratia plena*. De aquí partieron a Belén José y María: *Hic ascendit Joseph a Galilea, de civitate Nazareth, in civitatem David cum Maria desponsata sibi uxore*. Aquí se establecieron con Jesús niño, a la vuelta del destierro de Egipto: *Huc veniens, habitavit in civitate quae vocatur Nazareth*. De aquí salieron con el niño, cuando tenía doce años, para dirigirse al templo de Jerusalén, y aquí volvieron llenos de asombro y de alegría: *Descendit cum eis, et venit Nazareth*. Aquí María, en meditación profunda, conservaba en su corazón todas aquellas maravillas. Aquí crecía el niño en edad, en gracia y en sabiduría delante de Dios y de los hombres. Aquí, *hic*, les estaba sometido. Aquí trabajaba como hijo de un carpintero. *Nonne hic est filius fabri?* Aquí, probablemente, murió José en los brazos de Jesús....

Todo esto recordaba yo durante aquella misa de eterna memoria. Ese cuadro era obra de mi corazón y de mi es-

píritu. Créame trasladado a aquel lugar. Y cuando, al bajar del altar, rezaba de rodillas el Ave María que había traído del cielo el ángel, y escuchaba la voz de los peregrinos que descendían de las montañas vecinas a continuar conmigo la oración de la Iglesia, revelando allí todo el ardor y toda la vivacidad de su fe, creí que también María contestaba desde el cielo a nuestro saludo, como en otro tiempo respondía al saludo diario de Jesús, y que la Madre de Dios rogaba por nosotros pecadores a su divino Hijo, fruto bendito de su seno virginal.

En esa santa casa que se elevaba en otro tiempo al pie de las colinas de Galilea es necesario, hijos míos, entrar esta mañana, para contemplar la adolescencia de Jesús.

I

La adolescencia de Jesús fue una vida de obediencia y de trabajo.

“Después de una pequeña *escapatoria*, dice Bossuet, para hacer en el templo la obra y el servicio de su Padre, descendió Jesús a Nazaret con José y María. Quiere decir que Jesús se sometió incondicionalmente a la voluntad y a la obediencia de sus padres. Parece ser éste el sentido místico de la palabra *descendit*. Y así, viviendo entre ellos hasta su bautismo, esto es, hasta la edad de treinta años, no hizo otra cosa que obedecer.”

Estas son las palabras de San Lucas: *Et erat subditus illis*. No hay otras para relatar lo que pasó en treinta años de existencia de un Dios. En aquella época, la época de Augusto, había ciertamente plumas muy bien cortadas que escribían la historia de los grandes hombres de su siglo y de los siglos pasados: daban cuenta de la vida de los Césares y de los emperadores que mandaron en Roma. Pero ¿quién referirá la historia? ¿quién cantará las glorias de AQUEL que manda en el cielo y en la tierra? Aprended, hijos míos, en dos palabras treinta años de historia: “Les

estaba sumiso.” ¿Quién?—El Criador.—¿A quién? A las criaturas. Era precisamente la época en que se daban a sí mismos los hombres los títulos de Máximo, Augusto, esto es, de lo más grande de la tierra. En sangrientas luchas se disputaban los imperios y cambiaban de mano los cetros; se aplastaba a los pueblos, se oprimía a las naciones, y en la embriaguez del poder, el orgulloso triunfador hacía el censo de los pueblos que había sometido. ¡Insensatos! ¡No consiste ya en eso la grandeza; esa grandeza no pertenece ya al que manda; ha pasado al que obedece. Vosotros, poderosos de la tierra, que os gloriáis de mandar a los reyes, descended hasta esa despreciable casita de vuestro imperio, y ved esas gentes humildes que mandan a un Dios. Vosotros que hacéis pomposamente el censo de vuestros súbditos, llegad a ver a un Dios que se ha hecho súbdito de los más pequeños y humildes: *Subditus illis*.

¿Y en qué obedece? Ved otro punto que excita nuestra admiración. ¿Qué hacía en aquella casa el que con una palabra hizo aparecer las estrellas del firmamento, y, como jugando, dio existencia al globo que habitamos? ¿Qué le mandabais vosotros, pobre y humilde José, pobre y humilde María?

¿No habéis encontrado alguna vez, hijos míos, allá en la caída de la tarde, al hijo del obrero acompañando a su padre, llevando en hombros las herramientas del trabajo del día, que vuelve a su casa donde le tiene preparado el alimento su querida madre? ¡Ah! ¡cuánto placer tengo en la contemplación de ese cuadro, que me trae tan hermosos y tan dulces recuerdos! ¿Y no fuisteis vos así, Jesús mío, a lo largo de los ríos o costeano los lagos de la Galilea, o bien por las laderas de las montañas, al lado de José, llevando como él el peso del día y del calor para ganar vuestro sustento? Obrero divino que habéis fabricado y que dais de comer a los seres todos de la creación, os contempló dignándoos expiar mi rebelión y mi cobardía con ese trabajo en que veo lastimadas vuestras manos adorables.

Sobre este tema nos ha dejado Bossuet en sus *Elevaciones* una página de sencillez sublime: “Me causa asombro, dice él, esa palabra: *Eratsubditus illis*. ¿Es esa toda la ocupación de un Jesucristo, de un Hijo de Dios? Sí, toda su ocupación, todo su ejercicio consiste en obedecer a dos criaturas. Pero ¿en qué les obedece? En el trabajo más humilde, en la labor de un trabajo mecánico. ¡Y que haya quien se queje y murmure, cuando no corresponde su empleo a su capacidad, o por mejor decir, a su orgullo! Que entren en casa de José y María, y vean el trabajo en que está ocupado Jesucristo. En ninguna parte leemos que tuvieran sirvientes sus padres, que, como los pobres, ocuparían a su hijo en su servicio. Ha dicho de sí mismo Jesucristo que ha venido para servir, y nadie ha dicho jamás que tenía quien le sirviera. Es, sí, cierto, que trabajaba en el taller en compañía de su padre. Por eso al dar principio a su ministerio, cuando predicaba en su patria, decían de EL: ‘¿No es éste el artesano, el hijo de María?’ No se avergonzó, no, después de la muerte de José, de conservar el taller, sostener con su trabajo a su madre viuda y seguir en el oficio humilde con que atendía a la subsistencia de ambos.”

No podía Bossuet contener su asombro.... “Dios mío, pásmome todavía más. Revienta, orgullo, ante un semejante espectáculo. ¡Hijo de un carpintero Jesús, y EL mismo carpintero también! ¡conocido sólo por este oficio, sin que nadie hable de otro empleo, ni de otra ocupación! En la Iglesia naciente recordábanse todavía los arados que había hecho, y la tradición se conservó en los más antiguos autores. Consuélese y regocíjense los que viven del trabajo mecánico. Jesucristo es de su gremio. Aprendan, cuando trabajan, a alabar a Dios y a cantar salmos y cánticos: bendecirá Dios su trabajo, y delante de EL serán otros Jesucristos.”

Hé aquí lo dicho por Bossuet, y aun añade más, que no debemos sonrojarnos.... ¿Y de qué, hijos míos, podríamos sonrojarnos? Ciertamente que Jesucristo hubiera podido preferir el noble trabajo de la inteligencia al rudo trabajo manual. En lugar de construir arados, hubiera podido componer obras científicas. Como un retórico de la Roma de entonces, hubiera podido escribir de la pobreza en un pupitre de oro. Sí, hubiera podido; pero no lo quiso. No hubiera sido sino el modelo de los privilegiados del talento y de la fortuna. Hubiera sido la desesperación de las muchedumbres del trabajo, o con su ejemplo las hubiera arrastrado al asalto de los más elevados puestos. No hubiera

sido el hermano de los pobres y de los pequeños: y, si aquello no hubiera sido digno de su sabiduría, esto no lo hubiera sido de su amor. Quería que el pobre, el pequeño, el artesano, el peón, el hombre de trabajo, el afligido, en una palabra, pudiese llegar hasta EL, y decirle: Jesús, Vos habéis sido obrero y trabajador como nosotros. “¿*Nonne hic est filius fabri?*” y que mostrándoos desde el seno de su gloria su brazo empapado en sudor, pudiera responderles: “¡Mirad! trabajé, como vosotros, en los días de mi juventud: *In laboribus a juventute mea*. Hermano mío, compañero hoy en mi trabajo, ¡valor!, lo serás también en mi gloria.”

¿No os sugiere todo esto algunas reflexiones? ¿No pensáis en sacar de aquí alguna conclusión? Las conclusiones de todo lo que acabo de deciros son éstas:

No haréis bien en no obedecer a los veinte años, cuando obedeció Jesús hasta los treinta años.

No haréis bien en no someteros con toda vuestra voluntad a vuestros padres y a vuestros maestros, cuando veis a Jesús sumiso ante un pobre obrero y ante una pobre mujer.

No haréis bien en no ocupar en algo útil vuestra infancia y vuestra juventud, cuando consumiéronse en los trabajos más humildes la infancia y la juventud de Jesús.

Seréis ingrátísimos, si os negáis a emplear vuestros talentos en el estudio de las letras, de las ciencias y de las artes, cuando Jesús empleó en los trabajos más rudos los más hermosos años de su vida.

Escuchad una vez más lo que dice Bossuet: “Mirad a ese divino carpintero con el hacha y el cepillo endureciendo sus tiernas manos en el uso de instrumentos tan rudos como groseros. No maneja hermosos pinceles: tiene más amor a un oficio más humilde y más necesario a la vida. Tampoco le sirven doctas plumas para escribir las más bellas páginas: se ocupa en la humillación, y en la humillación gana su vida, cumpliendo, alabando y bendiciendo la voluntad de Dios.”

II

La juventud de Jesús fue una vida de *progreso*. Cuando en los Sagrados Libros leemos algo de su vida, no dejamos de encontrar alguna de estas palabras: *Crescebat, proficiebat, confortabatur*. ¿Acaso era posible el progreso en una humanidad unida desde el primer momento a la divinidad? ¿Podían aumentar realmente la sabiduría y la gra-

cia de AQUEL a quien el ángel Gabriel llama en su concepción: “El Sabio, el Consejero, el Príncipe de la paz?” No, hijos míos; no manifestó Jesús toda la plenitud que poseía desde el principio, sino poco a poco con el tiempo, con sus obras y con sus palabras más y más excelentes, cada día delante de Dios y de los hombres. Hacía como el sol que, a pesar de tener desde su nacimiento la totalidad de su calor, lo economiza, y no lo distribuye sino progresivamente hasta que llega a los esplendores del mediodía.

Y esto, hijos míos, con el fin de enseñarnos que debéis también vosotros en estos años crecer en edad, en gracia y en sabiduría, para agradar a Dios y ser útiles a los hombres.

Creceis, sí, en edad, y esto vendrá por sí mismo, si Dios os concede vida, que es lo que todos los días pedimos al cielo por vosotros. No quiera Dios, hijos míos, que tengamos que derramar lágrimas sobre la fría losa de vuestro sepulcro. Basta con los que tantas veces hemos visto expirar todavía jóvenes *ante ora parentum*, como dice vuestro Virgilio. Trataremos, por el contrario, de secundar, de favorecer el desarrollo de vuestro cuerpo sin olvidar el de vuestra alma, y para ello no escatimaremos ninguno de nuestros cuidados y de nuestros ejercicios que hacen del niño un hombre en el sentido más viril de esta palabra. No lo niego. Uno de mis más vivos deseos es ver el paso progresivo de mis hijos, de la primavera al estío, de la estación de las flores a la de los frutos; y cuando, fija en vuestro semblante mi mirada, veo en vuestra fisonomía más varonil, en vuestra frente más espaciosa, en vuestros ojos más vivos, sin dejar de ser puros, que asoma con la virtud la virilidad, en mi corazón germina un doble sentimiento: sentimiento de acción de gracias y sentimiento de esperanzas, saludando ya en vosotros a la juventud, esperanza de un porvenir lisonjero.

Creceis en sabiduría, en ciencia. ¿Para qué estáis aquí sino para ir adelante, y recorriendo todas las clases, llegar al fin de vuestros estudios y pisar los umbrales de vuestra carrera? Subid, subid gradualmente esa hermosa escala clásica que lleva de la gramática a las letras, de las letras a la filosofía, de la filosofía a las ciencias. Creced también en razón, en juicio y, si es necesario, en prudente imaginación. Creced también en grandes triunfos, y que cada año os traiga puestos más honrosos y más numerosas coronas, con tal que crezcáis al mismo tiempo en modestia y en sencillez; porque, sabedlo, el crecimiento no es la hinchazón y la vanidad.

Sin embargo, os diré también: no crezcáis demasiado aprisa. Os lo suplico; ni os hagáis ni os creáis hombres antes de tiempo, llevados de la infatuación y de la independencia. Dadnos gusto; permitid que todos, vuestros padres y nosotros, nos forjemos la ilusión de contemplaros niños mucho tiempo aún, por ese candor de corazón, de palabra y de conducta que tanto honor os hace y tantos encantos os presta.

Creced, en fin, en gracia. Quisiera llegar hasta el sentido más verdadero y más íntimo de esta palabra, *gratia*. ¿Es acaso la vida divina que tan en abundancia se mostró en Jesucristo? ¿O es aquel objeto de extrema complacencia que en EL encontraban el cielo y la tierra? Lo uno y lo otro, hijos míos. Creced en gracia delante de Dios. Crezca en vosotros, y conviértase en un río, en un océano, en el cual se bañe vuestra alma, como en baño de santidad, esa vida de Dios cuya fuente es el bautismo. Que Jesús no sólo posea, sino que ocupe enteramente vuestro ser y vuestras facultades. Creced en gracia delante de los hombres. Tened valimiento con ellos; pues, si os conocen, os amarán y esperarán mucho de vosotros; si os aman, tratarán de imitaros; no dejáis de conocer que hablo del buen ejemplo. No quedéis satisfechos de gozar vosotros de la gracia; es necesario que la comunicéis a los demás, para que, viendo vuestras acciones, glorifiquen los hombres a vuestro Padre que está en los cielos. Ya no seréis sólo hombres de esperanzas; seréis hombres de progreso; y vuestro progreso seguirá siempre adelante, a la conquista de todos los conocimientos y de todas las virtudes, a la conquista de las almas, y entonces veremos todavía salir de Nazaret nuevos salvadores que saldrán de este lugar, llenos de gracia y de verdad. ¡Valor! Así sea.

MONS. BAUNARD

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA—

CIENCIAS — LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

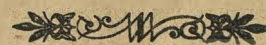
Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 20 ...
Suscripción por año.(adelantada).....	180 ...
Número atrasado.....	30 ...

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

